

Día Internacional de la Mujer y la Familia Global de la Misericordia

El Día Internacional de la Mujer se celebra este año el 8 de marzo. Y ¿qué tiene eso que ver con la familia global de la Misericordia? ¡Mucho!

Los promotores y promotoras de este Día Internacional enfocado en el progreso de las mujeres dicen que se celebró por primera vez en 1911, pero en cierto sentido se equivocan por casi 90 años. En la década de 1820, tan pronto como Catalina McAuley comenzó a vivir en solidaridad con la abandonada y demente Sra. Harper, con empleadas domésticas explotadas, y con niñas pobres que no tenían acceso ni siquiera a educación primaria, comenzó el «día» de la mujer, y se ha tomado en serio en todo el mundo de la Misericordia desde entonces.

Sin embargo, esta preocupación encarnada en la Misericordia por el florecimiento justo de las mujeres en todas partes no nos exime de su promoción en 2018. Por el contrario, nuestro llamado a hablar y actuar en nombre del progreso de la mujer es aún más urgente hoy, dados los nuevos signos de nuestro tiempo. Miren la arrogancia que supone decirle a las mujeres musulmanas cómo deben vestirse; observen los efectos ya desproporcionados y negativos del cambio climático en las mujeres pobres de África, América del Sur y otras regiones del hemisferio sur; miren las altas estadísticas de tráfico sexual de mujeres jóvenes, y las bajas estadísticas de mujeres en posiciones de liderazgo en la Iglesia y la sociedad; miren la brecha de género en los salarios en las empresas. ¿Qué diría y haría Catalina McAuley acerca de todo esto? Nuevamente, ¡creo que mucho!

Echemos un vistazo a su declaración fundamental sobre la «influencia» de las mujeres: la capacidad de «influencia» que, según ella, se deriva del empoderamiento educativo, el tipo de «influencia» que promueve la paz social y el buen orden para todos, tanto mujeres como hombres:

«Ninguna obra de caridad puede ser más conducente al bien de la sociedad o a la felicidad de los pobres que la cuidadosa instrucción de la mujer, ya que cualquiera que sea su condición social, su ejemplo y consejo siempre serán de influencia, y, dondequiera que una religiosa presida, la paz y el buen orden la acompañarán» (Regla 2.5, en *CMcATM*, 297).

Incluso cuando Catalina escribió estas palabras sobre la influencia de todas y cada una de las mujeres fortalecidas por su fe, ella misma estaba experimentando la degradación pública como mujer. El hombre a cargo de la parroquia católica en la que se encontraba Baggot Street proclamaba públicamente que «el sexo no educado» no podía hacer «otra cosa que travesuras tratando de ayudar al clero», y llamó a Catalina una «advenediza». ¡Verdaderamente una advenediza! Ella, una mujer que ahora había llegado a un puesto con un poder misericordioso todavía no recibía la dignidad y el respeto que habría recibido si hubiera sido un hombre, o mejor aun, un clérigo.

Pero Catalina no estaba interesada en promover su propio prestigio y dignidad. Ella se solidarizó e influyó en nombre de todas las mujeres a quienes no se les concedía dignidad, ni igualdad, ni paridad, ni justicia: mujeres que eran usadas, tratadas como segunda clase y sin nombre.

Aunque ella no era una feminista consciente en el sentido completo en el que podríamos usar esa palabra hoy, los instintos de Catalina eran todos anti androcéntricos. En sus transcripciones de las obras de otros escritores, ella casi siempre sustituía los sustantivos y pronombres de género neutro o femenino por los masculinos. Cuando compuso la Regla de las Hermanas de la Misericordia, deliberadamente no repitió para sus hermanas las palabras de la Regla de la Presentación que aconsejaban: «Cuando los hombres de cualquier estado o profesión se comuniquen con ellas, observarán y mantendrán la reserva más respetuosa, nunca fijen sus ojos en ellos, ni se muestren a sí mismas, conversando o de otra manera, familiarizándose en lo más mínimo con ellos» (*CMcATM*, 313 n.º 54). Su propia defensa de los derechos educativos y sacramentales de las niñas y las mujeres a menudo requería que ella misma mirara a los hombres «a los ojos». Y al hablar sobre el desarrollo espiritual de las novicias de la Misericordia e invitarlas a superar cualquier «humor infantil y mezquino» que puedan tener, ella no repitió las palabras de la Presentación que ubicaban tales humores «especialmente en el sexo femenino». En éstas e incontables maneras, Catalina intentó afirmar la verdad, la igualdad y el progreso de las mujeres.

Hoy, como sus compañeras y seguidoras debemos hablar y actuar con la misma franqueza que Catalina, tomando el lado del reconocimiento y el empoderamiento civil, social, económico, político y eclesial de las mujeres. También debemos ayudar a todas/os las/os oyentes a hacer de lado el no-cumplido implícito en la afirmación aislante del «genio femenino», así como cualquier teoría que asevere que los hombres y las mujeres son creados con aptitudes y, por lo tanto, roles, diferentes, pero «complementarias». Tal teoría

limita tanto a hombres como a mujeres. Las mujeres y los hombres pueden tener un «genio» personal y aptitudes excepcionales, pero éstos no están asignados sexualmente ni incrustados en su masculinidad o feminidad. Tanto los hombres como las mujeres pueden aprender sensibilidad, afectuosidad y ser hábiles en lo administrativo; estas capacidades no están asignadas por género.

Entonces, el 8 de marzo de 2018, como Familia de la Misericordia, renovemos nuestro compromiso distintivo de influenciar a nuestras compañeras y compañeros en este mundo, de maneras que fomenten el empoderamiento de las mujeres y el trato justo y equitativo de todas las mujeres y hombres. Hablemos y escribamos sobre estas cosas; demos el buen ejemplo y usemos el lenguaje apropiado, influyendo en los demás con nuestras propias acciones y palabras; y no perdamos ni una sola oportunidad de defender, levantar y empoderar a mujeres y grupos de mujeres individuales: a aquellas a quienes se les niega la justicia, y a quienes se dedican a actividades justas en nombre de otras mujeres.

Tal «influencia» a menudo exigirá coraje, perseverancia, paciencia y la clase de humildad que pertenece a Dios. ¿Pero cuándo soportar la carga de la propia vocación profética en nombre de otros exigió otra cosa? Ciertamente, no en la vida de Jesús de Nazaret, ni de Catalina McAuley.

Catalina tenía una forma sencilla, pero bíblica de recordarnos que sigamos con este trabajo. Ella solía indicar con suavidad nuestra tendencia humana a retirarnos de las tareas a mano, y «poner nuestras velas debajo de un celmín» (*Cartas p.* 245). Ella no pensó que era una buena idea, especialmente cuando la misión de la misericordia y la justicia estaba en juego. Más bien, ella nos instó a levantar la cabeza y «ser lámparas brillantes que iluminaran todo lo que nos rodea». El continuo progreso mundial en reconocer y respetar la igualdad total, y promover el igual florecimiento de todas las mujeres, ricas y pobres, de color y blancas, todavía necesita tal luz influyente, que venga como esperamos y pedimos, desde la poderosa Luz de Cristo.

Mary Sullivan, RSM